

La cuadratura del triángulo: autor-texto-lector

Por una semiótica de la recepción*

Ramón Alvarado

La iniciativa del lector
consiste en emitir una conjetura
sobre la intención operis.

U. ECO



En su libro *Opera aperta* (1962), Umberto Eco señalaba ya¹ que las teorías estético-literarias han seguido un curso errático entre (i) la fidelidad al texto, (ii) la intención del autor y (iii) el *élan* creativo del intérprete. La relación autor-texto-lector ha planteado sin duda, complejos problemas a las recientes teorías literarias que pretende describir minuciosamente el proceso global de la comunicación estética.

Una vez declarada la crisis de los modelos estéticos centrados en la inagotable creatividad del autor -desde el romanticismo a los vanguardismos de todo género-, y que se puso de manifiesto la usura de los

¹ Habría que decir que estas ideas fueron formuladas, de acuerdo a la propia expresión del autor, en una perspectiva "pre-semiótica".

sistemas explicativos fundados en las imbricaciones textuales, asistimos a la súbita emergencia y proliferación de propuestas teórico-conceptuales orientadas a "(sobre) valorar" las iniciativas del intérprete. Este desplazamiento o descentramiento del objeto tradicional de la estética, la dupla obra-autor, parece preocupar seriamente a U. Eco. A tal grado que dedica a la cuestión más de una docena de escritos: todos ellos versiones modificadas de ensayos, conferencias, notas de cursos, etcétera. Estos trabajos, publicados en un lapso de cinco años, 1985-90, fueron recogidos en un volumen que, como ya es costumbre en la extensa obra de Eco, lleva un título emblemático: *Los límites de la interpretación*.²

A propósito del título, no creo exagerar si digo que el motivo central de esta erudita y apasionada colec-

² *I limiti dell'interpretazione* fue publicado originalmente en 1990. De aquí en adelante, las citas y referencias a este libro corresponden a la edición francesa que llegó primero a mis manos. La versión castellana circula ya entre nosotros (Lumen, México, 1992).

ción de meditaciones semióticas responde a un claro propósito: poner un coto al creciente relativismo interpretativo. Este "libertinaje" -habrá que decirlo sin ambages- en buena medida ha sido instigado por la "sospechosa" tradición hermenéutica.

La marcada desconfianza ante la ausencia de límites, que me parece percibir a lo largo de las trescientas páginas del último libro de Eco, tiene todos los visos de ser uno más de los vértigos que produce la posmodernidad. La repentina mudanza de los paradigmas que, durante décadas o centurias, fundaron la certidumbre del saber estético, produce una razonable angustia: aquella de confrontar un dominio inexplorado y poco seguro para las nociones de que disponemos actualmente. La irrupción del lector ha venido a empañar la imagen bucólica de la pareja divina -consagrada por los cánones del romanticismo: el autor y su obra. Hay algo de irritación en esa búsqueda de argumentos que pretenden explicar una presencia indeseada: el advenedizo lector. Si bien es éste, en mi opinión, el tenor general de la última obra de Eco, no por ello debemos pasar por alto el penetrante tratamiento del problema de la interpretación en cada capítulo de este libro singular.

La semiosis ilimitada como ascesis

"Intentio lectoris: notas sobre la semiótica de la recepción", es el título del ensayo que abre este volumen. Desde mi punto de vista, en este



breve texto, Eco realiza un agudo balance teórico de las recientes líneas de investigación sobre procesos de recepción y lectura. Eco parte de una constatación simple: a la proliferación de figuras que suplantaron la noción de autor-narradores semióticos, extra-ficcionales o meta-narradores, le ha seguido una cohorte no menos numerosas de figuras del lector: lector modelo, implícito, ideal... A la que muy bien se puede añadir una serie casi infinita de archi- super- o meta-lectores. Esta polarización de los estudios en comunicación estética, condujo a un surgimiento espectacular de variadas teorías de la recepción. Impulso intelectual que, en buena medida, representó una alternativa ante:

- 1) el empirismo dominante de los estudios de orientación sociológica,
- 2) el progresivo endurecimiento de las posturas estructuralistas -reconcentradas y atrincheradas en el análisis inmanentista del texto- y,
- 3) la creciente rigidez de la indagación en semántica.

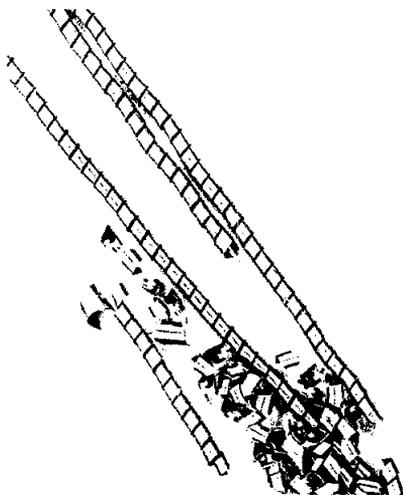
Más allá de los oscuros o luminosos motivos que llevaron a indagar en los dominios del lector, lo cierto es que se produjo un ensanchamiento en el campo de visión de las teorías literarias, anteriormente confinadas y reducidas puntillosamente, a las esferas del texto y la *intentio auctoris*.

Ahora bien, es un hecho que las teorías centradas en la iniciativa del lector consideran esencialmente el uso estético del lenguaje. Tomemos un ejemplo del mismo Eco para ilustrar este punto: "...el texto estético se presenta como un modelo de relación 'pragmática'. Leer un texto estético significa al mismo tiempo: (i) hacer *inducciones*, es decir, inferir reglas generales de casos particulares; (ii) hacer *deducciones*, esto es verificar si lo que se formula como hipótesis de lectura en cierto nivel determina los niveles sucesivos; (iii) hacer *abducciones* o sea someter a prueba los nuevos códigos que emergen de la hipótesis interpretativa." (Eco, 1975: 342)

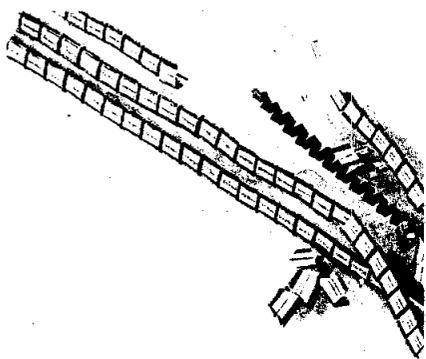
Hay que señalar sin embargo, que estas propuestas explicativas sobre los nexos de la triada autor-texto-lector, y en particular las hipótesis formuladas en torno al rol del lector, pueden ilustrar en realidad, el funcionamiento de cualquier modalidad de la comunicación escrita y no solamente sus formas estéticas. También ante un texto periodístico, por ejemplo un artículo editorial, el lector procede de un modo análogo: formula hipótesis interpretativas y las somete a prueba.

La verdad será un enigma o no será verdad

En un libro que pretende dejar bien claro que los conocimientos duros y positivos de la inmunología pueden compararse a los saberes de la semiótica, la inclusión de un capítulo dedicado a "Los aspectos de la semiiosis hermética", aparece ya sea como excentricidad o como perversión intelectual. Sin embargo, el interés de Eco por los modelos herméticos de representación o explicación del mundo, tiene poco que ver con la curiosidad omnívora del erudito. Los magníficos estudios que F. Yates, E. Garin, O. Kristeller, o F. Secret dedicaron al humanismo renacentista, sugirieron hace tiempo, que nuestra ciencia y cultura contemporánea -y según Eco también ciertas ideas de la interpretación literaria posmodernista- tienen claras resonancias con la cosmovisión hermética.



Recordemos que las analogías entre la interpretación literaria contemporánea y la exégesis propia de la tradición hermética (judía en este caso) han sido objeto de estudios muy documentados como el de Harald Bloom (1975), *Kabbalah and Criticism*, o aquellos reunidos por G. Hartmann y S. Budick (1986) en *Midrash and Literature*.



Para Eco, los modelos interpretativos centrados en la figura del lector, proceden análogamente a la semiótica hermética. El abrir la posibilidad a una actividad interpretativa "sin freno" alguno conlleva la idea del texto como una *opera aperta* en la cual se cifran múltiples e infinitas conexiones de sentido.

El viaje textual que es toda lectura se asemeja a una gesta semiótica. El lector iniciado debe pasar duras pruebas como el resolver los acertijos que le plantea el libro-esfinge. Pero no olvidemos que la búsqueda persistente de respuestas está movida por la promesa de una recompensa:

todo lector puede ingresar en el grupo restringido de los "elegidos" siempre y cuando sea capaz de imponer su intencionalidad interpretativa a aquella del autor.

Eco sugiere que la semiótica hermética -no podía ser de otra manera- está sometida a ciertas reglas. De los nueve principios capitales que orientan las teorías de la interpretación ilimitada, vale la pena recordar los siguientes:

g) ...para transformar la ilusión del sentido en conciencia de que la significación es infinita, el lector debe presentir que cada línea contiene un secreto, que las palabras no dicen sino evocan lo no-dicho que encubren...;

h) el Elegido es aquél que comprende que el verdadero sentido de un texto es su vacío;

i) la semiótica es un complot de aquellos que intentan hacernos creer que el lenguaje sirve a la comunicación del pensamiento. (Eco, 1992: 65)³

El lector imaginado vs. el imaginario del lector

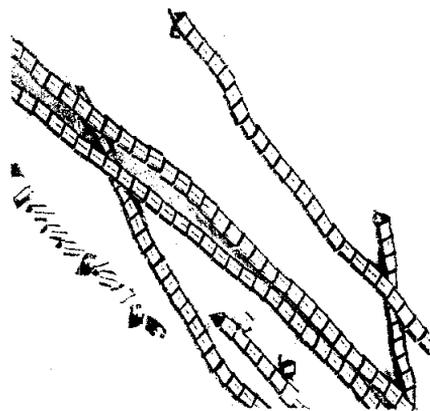
...un testo è un prodoto la cui sorte interpretativa deve far parte del propio meccanismo generativo.

U. ECO

Englobar la multiplicidad de los procesos de comunicación en una teoría sistemática ha sido el propósito de esos monumentales esfuerzos de unificación conceptual que

³ Traducción mía de la versión francesa.

U. Eco cristalizó en trabajos como el *Tratatto di semiotica generale* (1975). Los ensayos reunidos en *Los límites de la interpretación* responden también a esta disposición intelectual y tienen un antecedente inmediato en otra colección de ensayos del propio Eco, *Lector in fabula* (1979). Esta preocupación teórica, que en términos de pragmática textual se formularía como la "cooperación interpretativa" del lector -como ya dijimos al inicio de nuestro comentario- está ya prefigurada en el trabajo seminal de U. Eco, *Opera aperta*. ¿Cómo puede la obra de arte presuponer la libre participación interpretativa de los destinatarios y al mismo tiempo regular -mediante estrategias y ordenamientos estructurales- la intervención de sus interpretantes? Esta ha sido la interrogante rectora de la singular y compleja elaboración teórica del semiotista italiano.



La respuesta al dilema no se hace esperar: Eco atribuye una importancia central a la prefiguración y anticipación por el autor de su destinatario o "lector modelo". Esta figura del lector tiene, en el esquema explicativo de Eco, una reducida capacidad de actualización textual: esto lo convierte en realidad a un alter-ego del escritor. He ahí, a fin de cuentas, la solución que U. Eco propone al enigma. El autor es, a final de cuentas, el sumo artífice que no sólo presupone en sus lectores "modelo" cierta competencia cultural o lingüístico-literaria sino que él mismo "instituye" y conforma dicha competencia. En esta perspectiva, el autor es como un demiurgo que entabla una relación necesariamente asimétrica con sus lectores: contempla desde lo alto una creación a su propia imagen y semejanza.

La espiral de la interpretación

El argumento central de Eco en contra del relativismo interpretativo (que parece ganar terreno tanto en el campo de estudios literarios como en los estudios de comunicación y cultura, si aún es posible disociar estas esferas de la práctica simbólico-social), podría formularse como una paráfrasis: la libertad interpretativa del lector (destinatario) no tiene más límites que los derechos del *otro*. Pero a condición de añadir enseguida que ese *otro* no es un sujeto de carne y hueso, como podríamos legítimamente suponer, esto es, el autor o "productor" de un mensaje. Se trata de un *otro-eidos* o más bien de

otra-cosa: el texto. Eso al menos sugiere la afirmación lapidaria que cierra prácticamente la introducción de este libro: "Los límites de la interpretación coinciden con los derechos del texto..." (Eco 1992: 18). Como si dispusiéramos de una legalidad inherente o propia a los artefactos y las creaciones del hombre.

El vértigo que suscita en Eco, el cientista, ese incesante juego de espejos y de alegorías propios del modelo de interpretación hermético -la lectura que procede por analogías-, conduce finalmente a una suerte de esquizofrenia entre el profesor de semiótica y el hombre de letras. Este último es capaz de solazarse precisamente en el juego de alusiones y remisiones múltiples: parodia, paráfrasis, metaficción. *El nombre de la rosa* y *El péndulo de Foucault*, son títulos a todas luces sintomáticos de cierta debilidad lúdica de este pensador que no ha dudado en echar mano de un complejo artilugio verbal para escudriñar otro nivel de la realidad: la literatura.

Bibliografía

En resumidas cuentas, me parece que en las páginas de este libro de U. Eco se hace una crítica frontal a los defensores de la *intentio lectoris*. En su opinión, ninguna postura interpretativa puede transgredir los umbrales deslindados conjuntamente por el texto y la *intentio auctoris*.

Curiosamente la relación autor-texto-lector, o como lo formula la hermenéutica, *intentio auctoris*, *intentio operis* e *intentio lectoris*, que promueve Eco con sus alegatos teóricos, me sugiere la imagen de un triángulo perfecto, isométrico, isósceles. Nada debe alterar esa simetría ordenada y racional. A los extravíos normativistas y jurdicistas de un Eco que busca implantar los derechos de un artefacto, el texto, y regular así los imprevisibles alcances de la actividad interpretativa, zanzar sus límites, yo opondría precisamente la metáfora que él mismo acuño de un juego libre, de la *opera aperta*. ♦

Eco Umberto. (1975), *Trattato di semiótica generale*. Milán: Bompiani.

(1979) *Lector in fabula: La cooperazione interpretativa nei testi narrativi*. Milán: Bompiani. Hay traducción castellana.

(1992) *Les limites de l'interprétation*, París: Grasset et Fasquelle. Trad. cast. *Los límites de la interpretación*, México: Lumen.